

nes que se ventilan en esta polémica; porque, como he dicho, se ventilan entre personas suficientemente competentes. Sólo he querido vindicar á lo que yo entiendo por democracia, de las injustas imputaciones que le han hecho. El Sr. de Campoamor, para desacreditar á la democracia, habla de la república, yo hablo de la democracia. Creo que puede ser una cosa distinta de la otra; si quiere contraer la cuestión podrá ser más fácil que nos entendamos.

CALIXTO BERNAL.

CARTAS

DEDICADAS Á D. CARLOS RUBIO, CONTESTANDO A SU FOLLETO «LA TEORÍA DEL PROGRESO,» ESCRITO EN REFUTACION DE «LA FÓRMULA DEL PROGRESO.»

Carta primera.

Querido Carlos: Desde este hermoso pueblo, donde he venido á buscar algun alivio á mis penas; respirando las brisas regaladas del mar; con la vista perdida en ese inmenso horizonte, retrato fiel del infinito á que aspira en todos sus sueños el alma; concluyo esta lucha de nuestras discordes inteligencias, y para conseguirlo necesito esforzarme, porque el espectáculo que me rodea, tan risueño, tan hermoso y tranquilo; este cielo trasparente, este mar sereno como un lago, estas brisas que agitan la lejana vela latina y rizan en blancas espumas las olas, cuya música me parece un suspiro de amor de la naturaleza; todo cuanto alcanzo á distinguir, me inclina á hablar ántes de la paz de la naturaleza que de las grandes y pavorosas tempestades del espíritu. En verdad, el espectáculo del mar; esta in-

mensidad; los vientos que vuelan sobre su plateada superficie; los infinitos seres que viven y se agitan en sus abismos; el continuo movimiento de sus olas, que se quiebran en las sonoras playas; el navegante que cruza en su frágil barco, dueño absoluto de tantos elementos; la soledad otras veces de ese mar dormido, como se duerme el pensamiento en la conciencia cuando la conciencia está absor-ta; la vida, que por todas partes late, acostumb-ran al hombre á adorar ese elemento interior, tan inmenso como el mar, tan agitado y vivificador como los vientos, tan resplandeciente como la luz del día, tan necesario á la vida como el movimien-to á los seres, tan extendido sobre el espíritu como el cielo sobre la tierra; elemento interior que será siempre el númen de los grandes poetas; el amor de los héroes y de los mártires; la libertad, en una palabra, la libertad; sin la cual sería el hombre un sér perdido en las escalas de los seres, y no el intér-prete de la naturaleza, el sacerdote de Dios en la creacion.

Y en verdad, querido Cárlos, la causa de la liber-tad necesita hoy más que nunca, de los esfuerzos y de los auxilios de todos los buenos. En este instan-te que atravesamos, la congoja del mundo es tan grande, que no sabemos dónde están nuestros her-manos, ni dónde nuestros verdugos. En esta negra noche, esclarecida sólo por el fugaz relámpago de la guerra que cruza sobre los pueblos, vemos á

nuestros eternos enemigos, á los que han puesto el pié sobre nuestras cabezas, agitar la misma bandera que agitábamos nosotros cuando nos desarmaron y nos hirieron y nos sepultaron traidoramente en el polvo de tristísimos combates. La palabra *libertad*, esa palabra que remueve todas las profundidades de nuestra naturaleza y agita todas las fibras de nuestro corazon, es hoy pronunciada por hombres cuyos labios debía quemar esa palabra sagrada. Los ejércitos pelean y mueren por la libertad á la voz de los tiranos. El mundo saluda como libertadores á los mismos que han hecho al mundo esclavo. Y el ánimo no sabe qué pensar en tan súbita y tan inesperada congoja.

¿Y de dónde proviene esto? Proviene de un mal que se recrudecería si prevaleciesen las ideas de tu folleto; proviene de que la libertad no se ha definido bien por los partidos liberales, no se ha enseñado á la conciencia de los pueblos. Vosotros, los pro-gresistas, y tú muy especialmente, sosteneis una libertad viciosa, fraccionada y rota. Y para soste-ner esa libertad, partís de un error fundamental muy profundo, muy grave. ¿Cómo contestas tú á la siguiente pregunta? ¿La libertad es nuestra ó la he-mos recibido de prestado? Ante esta pregunta, tú contestas: La libertad política la debemos recibir de la sociedad. De aquí proviene una série de conse-cuencias todas en favor del absolutismo. Si la liber-tad la recibimos de la sociedad, la libertad puede

ser por la sociedad restringida, por la sociedad negada. Si el hombre nada lleva á la sociedad, y todo de la sociedad lo recibe, el hombre no es dueño de su destino, ni artífice de su vida. Y si el hombre no es dueño de su destino, el hombre no tiene derecho de ninguna clase, no tiene más que el deber de obedecer á la sociedad como la fiera obedece á su instinto. Y hé aquí por qué los progresistas, tú, que te abrogas el derecho de encarnar su escuela; fatal é indeclinablemente; por una consecuencia tan necesaria en el espíritu como es necesario en la naturaleza que la piedra busque su centro y el agua su equilibrio; vienes á negar la idea, que es la raiz de la libertad; vienes á negar el gran principio progresivo de la civilizacion presente; vienes á negar el derecho. Y como no concibes un derecho superior al derecho escrito, ni una libertad más pura que la libertad social, ni una justicia más sublime que la voluntad tornadiza de las mayorías, llegas á acercarte al pueblo y decirle: en nombre de la libertad te quito el derecho de pensar públicamente, para amortizarle en favor de los ricos; en nombre de la igualdad, te quito el derecho electoral, para entregarle á los contribuyentes; en nombre de la igualdad te arranco la facultad de ser juzgado por tus iguales; en nombre de la sociedad te impongo una tiranía, porque tú, hombre, nada has recibido de la naturaleza, y debes doblar la frente ante la sociedad como el indio ponía la cabeza en el polvo de

los caminos para que la aplastara el pesado carro de sus dioses. No así nosotros, mi querido amigo. Nosotros sostenemos que la libertad es una en la naturaleza humana, y que la naturaleza humana, obra predilecta de Dios, es anterior y superior á toda sociedad. Nosotros creemos que la libertad, léjos de ser producto de los gobiernos, debe ser base de los gobiernos. Nosotros creemos que la libertad es al espíritu lo que la vida al cuerpo, y no creemos racional ninguna sociedad fundada en el suicidio del espíritu. Y si alguna duda pudiera caber de esto, no hay más que convertir los ojos á la historia. Sus grandes imperios, despóticos, se han alzado en las regiones más florecientes de la tierra, en medio de la naturaleza más fecunda y más hermosa, en el Oriente, allí donde Dios ha derramado la esencia más pura de la vida. Y aquellos imperios tan grandes, tan florecientes, todo lo han secado á su paso; han consumido los ríos que llevaban sus naves; han aniquilado los bosques y las florestas donde vivían tranquilos sus pueblos; han extendido un sudario de arena sobre sus grandes poblaciones; han hecho de sus inmensos espacios desiertos inexplorables, de los que se ha retirado para siempre la vegetacion y hasta la vida. Y todo ¿por qué? Porque en esos imperios faltaba lo que sobrevive á todas las catástrofes; lo que es más duradero que los tiempos; lo que no puedé soterrar ningun movimiento de la historia; la libertad del hombre.

Así es que tú no tienes fórmula alguna de progreso. Todas las ideas de tu partido son ideas atrasadas, ideas reaccionarias; pero de ninguna suerte ideas de movimiento y de progreso. Si os preguntan por vuestra filosofía, apenas podeis pasar del materialismo enciclopedista; si por vuestro criterio político, aun nada habeis adelantado del *Contrato social* de Rousseau; si por la libertad, aun no la mirais como ingénita á nuestra naturaleza, sino como en el mundo antiguo, hija de la sociedad; si por la igualdad, no admitis la igualdad natural enseñada por el cristianismo, sino una igualdad manchada en el lodo feudal; si por la libertad de pensamiento, aun la oscureceis con espesas tinieblas y la repartís entre los privilegiados; si por el derecho electoral, todavía poneis lejos de los comicios á la mayoría de los ciudadanos; si por las libertades económicas, aun las limitais con limitaciones absurdas; si por el progreso, todavía no estais ciertos en si el progreso camina hácia la libertad; si por el derecho, lo excomulgais con excomuniones neo-católicas; si por la democracia, cómplices de todos los enemigos de la libertad, la denostais, la herís, olvidando que el pueblo, en sus hombros, á costa de su sangre, os alzó al poder, de donde sólo os ha derribado vuestra histórica torpeza y vuestra incurable impotencia.

Así, lo más extraño que hay en tu folleto es que representa admirablemente la indecision del partido progresista. El progreso que tú sostienes, tú, tan

poeta, es un progreso instintivo, un progreso sin razon de ser. Cuando ví que tu hermoso folleto se titulaba *Teoría del progreso*, creí que darías al progreso una ley. Este debia ser un punto capital para tí, que has dado en llamarte progresista, á fin de que no dijeran tus enemigos que te habias abrogado, como tu partido, un nombre sin ninguna significacion, que habias izado una bandera sin ningun lema. Esta palabra *progreso* es muy trascendental, muy significativa; es la palabra que separa una civilizacion de otra civilizacion; el hombre de hoy del hombre de ayer. El hombre antiguo creia que la felicidad estaba en los tiempos pasados; que su libertad y su justicia quedaban enterradas á sus espaldas; que el camino de la vida estaba sembrado cada dia de más punzantes espinas, y que, segun se iba dilatando el tiempo, iba enflaqueciendo su cuerpo, desgastándose su alma, y cayendo sus generaciones en una continúa degeneracion y empobrecimiento y esclavitud, como que se acercaba á más andar la hora de su muerte.

Esta creencia era tan universal y estaba tan arraigada, que al menor nublado que cubria los horizontes, el hombre temblaba despavorido, creyendo que aquel nublado traia en su seno el fuego para consumir la especie humana; agitada siempre y siempre dolorida con el recuerdo sangriento de su primer delito y el peso de su castigo. Pero en la civilizacion presente, el hombre se ha trasformado;

y ya no es el cenobita de los antiguos tiempos, es el trabajador, que ha hecho suya la tierra, que ha dominado los elementos y ha visto abrirse á sus ojos infinitos horizontes. Ahora sabe que su actividad no se pierde; que el impulso se extiende hasta las últimas páginas de la historia; que sus pensamientos tienen una fuerza inmanente en toda la humanidad; que el árbol de la vida ha dilatado sus ramas y ha crecido con sin igual crecimiento; que cada idea arrojada en la conciencia dá una cosecha tan prodigiosa como el grano de trigo arrojado en tierra fecunda; que la ciencia y la industria centuplican las fuerzas y le dan el ímpetu del viento, la celeridad del relámpago, la fuerza de la atracción, y hasta la facilidad de componer y descomponer sustancias que tiene el inmenso laboratorio de la naturaleza; y de esta suerte se siente crecer, y se lanza resuelto á domeñar todas las esferas de la vida, á sellar con el sello del pensamiento la creación, seguro de que, según anden los tiempos, ha de llegar á mayores y más crecientes progresos, libre ya de esa idea de triste degeneración que era el espectro de su conciencia. Así el progreso material consiste en ir grabando la idea humana en la naturaleza, y sometiendo sus fuerzas á nuestras fuerzas; en sujetar el rayo, en esclavizar el vapor, en aprisionar en leve lona los vientos, en reinar sobre el mundo por el derecho y la fuerza del espíritu. Y así como el progreso universal consiste en someter á la

naturaleza, el progreso político consiste en dar libertad al hombre. Los pueblos han sido más progresivos, según han adelantado en la esfera de la libertad. Los progresos de la vida humana no se conocen por la historia de los reyes, se conocen por la historia de esos seres inferiores, á quienes el mundo antiguo negaba hasta su nombre; por la historia de los esclavos.

Según la mayor libertad que predica una escuela, es mayor su fidelidad á la causa del progreso. Así yo he asentado los siguientes aforismos, como clave del progreso.

- 1.º El progreso es una verdad filosófica y una verdad histórica.
- 2.º El progreso es el camino constante del hombre hácia la libertad.
- 3.º El progreso tiene en cada edad una fórmula que tiende á la libertad.
- 4.º La fórmula que sea más liberal, esa es la más progresiva.
- 5.º La fórmula más liberal en el siglo XIX, es la democracia.

Y á esto contestas, mi querido amigo, lo siguiente, que copio, porque si no lo copiara, tú mismo no creerías que lo habías dicho:

«Pero el Sr. Castelar exclama: «La fórmula más liberal es la más progresiva, y la fórmula más liberal del siglo XIX es la democracia.» «Absurdo sobreabsurdo. La fórmula más liberal es la más pro-

la libertad un desconcierto; crees la libertad una nota falsa perdida en la gran armonía de la naturaleza; crees la libertad ocasionada á perturbaciones y á trastornos, como el vulgar sentido de nuestros enemigos; crees la libertad una tempestad, cuando la libertad es la esencia de nuestro sér, es la luz de nuestra vida, es la reconciliacion de los pueblos con los pueblos, es el perpétuo, el eterno ideal del progreso.

Y nada más difícil de combatir que tu doctrina, querido Carlos; porque despues de ver una catilnaria contra la libertad, veo una apología de la libertad. Unas veces dices que la democracia es el mal, y otras que el único partido democrático, es decir, el único partido malo, es el partido progresista. Ya te indignas contra los neo-católicos, porque confunden la religion con la política, y ya te vuelves contra nosotros neo-católicamente, para decirnos que nuestra libertad política es incompatible con toda religion. Ora dices que te separan de la democracia insondables abismos, y ora que crees y proclamamos las reformas democráticas. Ya reconoces que nos aparta una línea de doctrinas, ya dices que solo la desercion de ciertos hombres ha formado el partido democrático. Yo no sé cómo tienes valor, mi querido Carlos, para hablar de las deserciones del partido progresista. Debías temer tocar esta rama de su historia. Vuestros pontífices, vuestros oradores, vuestros jefes, los generales más ilustres, los

repúblicos más distinguidos, el gran senado del partido, os ha abandonado, y huye á todo huir á la bandera conservadora, á esa bandera teñida en su misma sangre. Y al mismo tiempo, el pueblo, aleccionado por los terribles acontecimientos de 1856, os abandona, y viene á apiñarse bajo la bandera de la democracia, en que resplandece la libertad, sin sombras de ninguna clase; la libertad, que será la eterna aspiracion de los pueblos.

Y esta trasformacion también tú la sientes, también tú la sufres. Tú niegas los principios del partido democrático; te enfureces elocuentemente contra sus sectarios; te irritas de sus progresos, y despues, llevado de tu buen corazon, de ese corazon que como un arpa cólica vibra al menor soplo del sentimiento, vienes á reconocer, á proclamar la democracia. Confiesas que crees en la libertad del pensamiento y en el jurado, que aspiras al sufragio universal, que anhelas unir los pueblos por medio de la libertad del comercio y del crédito, que trabajarías por abolir las quintas, que deseas la emancipacion progresiva del proletario, que abominas de todo corazon la servidumbre. ¿Qué te falta, pues, para entrar en la democracia? Hay una fuerza que nadie puede contrastar, una ley que nadie puede romper. Esta fuerza, es la fuerza de los acontecimientos, el impulso que lleva la corriente de los hechos, y esta ley es la ley de la Providencia, el órden racional y lógico, que domina toda la historia. Pues bien, esa

continua corriente de los hechos, jóvenes progresistas, os lleva á la democracia; esa ley de la historia, os dicta que entreis en la democracia. Forcejareis contra esa fuerza; querreis desasiros de esa ley, y será en vano, porque no se resiste al espíritu del siglo. Querer libertarse de la democracia es lo mismo que intentar vivir fuera del aire. Si amais la imprenta, de que sois hijos, sabed que sólo la libertad puede salvar para siempre á la imprenta; si deseais, como todos los corazones jóvenes, con ansia la justicia, entended que la justicia no puede realizarse sin que el derecho sea universal y verdadero; si quereis el bien de los desvalidos con ese amor que sólo sienten las almas jóvenes y exentas de malas pasiones, ayudadnos á romper el último eslabon de la pesada cadena que los desvalidos han arrastrado por toda la tierra; si sois poetas, si el fuego divino calienta vuestra mente, sabed que los poetas han sido siempre los cantores, los profetas de un nuevo mundo social: si sois progresistas, si quereis ese movimiento, que todo lo trasforma y lo mejora, venid, venid con nuestra escuela, que en ella reside la ley de ese progreso; si amais la libertad, ese númen de los grandes artistas, ese genio misterioso de los filósofos, uníos á nosotros, que proclamamos la verdadera libertad; si deseais la muerte de las grandes injusticias históricas; que Polonia se levante del tormento donde la han destrozado los déspotas; que Italia sea una, sea libre; que Hungría, la Hungría caballeres-

ca, vuelva á velar la paz de Europa con sus armas; que Grecia limpie el Bósforo de los miasmas del fatalismo que lo emponzoñan; proclamad el derecho universal, pues solo esa idea puede dar la libertad al hombre, la paz á las naciones.

Y sobre todo, tú, mi querido Cárlos, debias seguirnos. Yo te llamo, porque no quiero ver á un hermano en las falanges enemigas. Tu lira, que brota torrentes de armonías, es necesaria para el gran combate de los pueblos contra sus opresores. Tu inteligencia, que brilla como una estrella de immaculada luz, resplandecería con más nuevos resplandores en el horizonte de la ciencia moderna. Tu corazón, lleno de honradez, perfumado con esas grandes virtudes, que son como el aroma de la vida, nos traeria el refuerzo de grandes y puros sentimientos, necesarios siempre para las grandes causas perseguidas y calumniadas. Tú no has ido á la política por ambicion; has ido por convencimiento. Te encontraste, como yo, con que la revolucion de Julio abria el horizonte á la esperanza, á aquellas dulces esperanzas que habian sido nuestro consuelo, nuestra ilusion, en la larga noche de nuestras desgracias.

La verdad no estaba allí: Dios no quiso que la jóven generacion recogiera descansadamente el fruto de la libertad; quiso que lo ganara con el sudor de su rostro, con la sangre de sus venas. Trabajemos unidos; si nó, mientras los que han tenido fé

entrarán en la tierra prometida, los que han dudado se quedarán muertos de sed en las piedras del desierto. Si amas el progreso, no lo dudes, el progreso es la democracia.

Carta segunda.

Querido Cárlos: Me propongo que esta polémica sea fecunda, y para que sea fecunda, es preciso, indispensable, que sea mesurada. Nuestras polémicas suelen degenerar en insultos, y nada hay más ajeno á la buena controversia, ni más impropio de los que aman la sagrada libertad del pensamiento. La sangre meridional hierva en nuestros cerebros, y cae muchas veces como gotas de plomo derretido sobre el papel. De aquí la traza que solemos darnos para evadir la idea, único objeto de la controversia, y buscar el corazón del contrario, supersona, apartada siempre de estas grandes luchas científicas, en que sólo debe proponerse el ánimo, el triunfo de la razón y de la justicia. Contigo comparto placenteramente, porque no temo que mis palabras te ofendan. Debemos, poniendo los ojos en un ideal de justicia, proponernos investigar con serena calma, cuál de los dos partidos tiene un criterio más seguro para

resolver todas las cuestiones políticas; si el partido progresista, ó el partido democrático. La polémica así puede ser fecunda: la divergencia demuestra entendimiento provechoso; el error mismo, ocasión de que luzcan, y se difundan grandes verdades. Para mi razón, una de las mayores ventajas, que sobre todas las doctrinas, tiene mi doctrina, es ajustarse á un principio capital, ley de nuestra naturaleza, centro de nuestra conciencia, alma de nuestra vida; principio que así resuelve las contradicciones en la esfera de la ciencia como en la esfera de la economía y de la política, principio que llamaremos derecho.

Y aquí entra, querido Cárlos, mi principal resentimiento con tu folleto y tu doctrina, ó mejor dicho, de aquí emana el dolor que me inspiran esas hermosísimas páginas escritas con todo el calor de un alma jóven y entusiasta, y poética. Cuando llegas á examinar la idea del derecho, la concepción más sublime de la ciencia moderna, producto de tantos géneos superiores, sávia hoy de los primeros códigos liberales del mundo, cimiento de la política, que hemos venido á hallar de nuevo por encargo de la Providencia; léjos de asociarte á esa doctrina, como reclama el progreso, á que te declaras aficionado, le mueves guerra, la insultas, la tachas de enemiga de la sociedad y del orden, sin acordarte que desde el momento vas á caer de hinojos ante los altares del neo-catolicismo, y te sacrificas en aras de sus menti-